



Atavío y puñal: la poesía de María Ángeles Pérez López

El poeta –más allá de cualquier otra consideración previa– debe ser fiel a su *voz*. Es decir, tiene a veces que cerrar sus oídos a muy diversos “cantos de sirena”: modas, influencias, simples gestos literarios. Ésta es la primera idea que se me ocurre tras acabar la lectura de *Atavío y puñal*, el último libro de María Ángeles Pérez López. Y recuerdo esa idea previa precisamente porque ella ha sido y es, ante todo, fiel a su *voz*. Sabíamos ya por otros de sus libros que en esta autora había una *voz propia*, conformada por un lenguaje muy rico y por un tierno humanismo. Ante esta nueva obra, lo vemos demostrado una vez más con claridad y con contundencia, con imaginación veraz y con una rica fuerza expresiva.

“Hoy es siempre todavía”, nos decimos con Antonio Machado ante un libro de sus características. Me refiero a que nos llega en un momento de resurgimiento en la poesía española del presente, en la que parecen abrirse caminos nuevos: se abandona lo monocorde y el mimetismo, y se regresa a la libertad de crear, a lo no impuesto, a lo no tópico. Estoy generalizando, claro está, pero la poesía española sale de una larga etapa de poesía plana y simple, hueca y “fotográfica”. Ahora se respira (o se mantiene, en el caso de María Ángeles) la libertad expresiva y se sale del predominio de cierta poesía reiterativa, fácil, que había sometido a los más jóvenes a una injustificada presión. Era la que, hace ya unos años, José María Valverde anunció y vaticinó como una “poesía desvitaminada”.

Y es que en *Atavío y puñal*, la autora, además de mantenerse fiel a su *voz*, renueva ese gesto de libertad expresiva y esa consciencia (y conciencia) humanas que la caracterizan, una naturalidad también en la ética que no engaña. Estamos, por ello, ante la ausencia de clichés o de reiteraciones, de calcos: ante un hermoso gesto de libertad creadora. No quisiera hacer una exposición extremadamente aséptica, por ello sería también interesante que reparáramos en sus lecturas, en esas ricas lecturas de los poetas americanos –los que ella tan bien conoce y ha estudiado– y que laten o pudieran latir detrás de su libro, sin quitarle a éste un ápice de su personalidad. Quizá de esas lecturas proviene la riqueza de su lenguaje, pero no se aprecia concretamente porque la *voz propia* se impone.

Sin embargo (y no por amor al riesgo) la autora no lo fía todo a lo irracional o a lo torrencial. En primer lugar, porque ha encauzado cuanto nos ha querido decir en un metro predominantemente clásico –el endecasílabo–, domeñando de tal manera cualquier exceso innecesario, no olvidándose de que raramente hay poema sin ritmo, *sin música*. Insistiríamos en que lo primordial en este libro es el lenguaje, muy rico y osado. Es algo que para mí lo distingue especialmente, y en estos momentos concretos en los que la poesía española sale de un ciclo y, en consecuencia, se ve obligada a buscar caminos nuevos y está sometida a nuevos retos. El libro que comentamos supera este reto y, en este momento crucial, logra distinguirse por *nuevo*.

Hay otras señales por las que *Atavío y puñal* es un libro nuevo: por su nervio (a la vez templado), por el brillo de las imágenes, por los hallazgos que se dan en las mismas, por su imaginación que, sin embargo, no renuncia a lo que yo reconozco como *realidad-realidad*: a la realidad sin máscaras, a la vida diaria, y a sus pruebas. Poesía, pues, que también testimonia, en el más noble sentido de esta palabra. Es extremadamente fácil “testimoniar” escribiendo un poema. Más difícil es lo que se hace en este libro: testimoniar desde la revelación del lenguaje, desde el afán de

búsqueda a través del mismo. Sabemos además que cuando se da la verdadera poesía ésta es más abarcadoramente real que la misma realidad. En este caso, lo que sucede es que se ha tenido que dar el don y el valor que requiere el desnudo acto de escribir.

¿Cómo no decir también que, a la vez, éste es un libro escrito por una mujer, y que estamos ante un libro *sobre* la mujer, en su sentido más sutil y turbador? La mujer –diríamos precipitadamente, aunque con verdad– que es el tema primordial, aparente de este libro, de este largo poema de poemas; pero yo me atrevería a decir que, a la vez, más allá de esa mujer –más allá de su innegable protagonismo– está el ser humano, la Humanidad pensante y sintiente, doliente y esperanzada. Porque en estos poemas hay una carga vivencial que, expresándose a través de la mujer –que, a la vez, es una y muchas mujeres– afecta a otros seres.

Por eso, también podríamos recordar, ante estos cantos, que el poema tiene mucho de *microcosmo*. No sólo porque en ellos no nos encontremos con lo lineal y lo simple, sino porque hay una *unidad* que, sí, fijan el endecasílabo y el tema de la mujer, pero que además es diversidad que se abre a otros temas, a otros *mundos*. Se irisa así esa realidad herida y heridora, esa mirada agrídulce, claramente doliente a veces, que la poeta revela. Creo, pues, que sus poemas son, a la vez, unidad y diversidad, camino del creador que sabe abrirnos a otros caminos. Unidad en la diversidad.

Los poemas están escritos con palabras de siempre, pero, a la vez, hay términos que nos remiten a lo más actual: tsunami, cemento, rotulador, benceno, uranio, grafitos. Sin embargo, repentinamente, utiliza versos que nos conducen lejos de cualquier espacio manido, de cualquier realidad habitual o común: *La mujer espera la llegada de los ciervos. / Se sienta en la cuneta y se descalza [...] / Los ciervos se disculpan y no vienen.*

Éste es el raro equilibrio de la poesía: mantenerse en la realidad y trascenderla, entre el sentir (sensibilísimo a veces en este libro) y el pensar (muy heridor o grave): *La mujer no conoce la palabra sosiego.*

Como en este verso, tampoco la autora parece conocer el sosiego al abordar cada poema. No se adormece en las palabras, no se repite o se detiene, sino que engarza un canto con otro, que acaban siendo un fluir airoso, muy fresco, muy abierto: va extrayendo lo mejor de su planteamiento. Se testimonia sobre la vida, pero la mujer del texto parece hacerlo con cabellos, y órganos, y entrañas. Quiere ir más allá gracias a palabras que son muy suyas. Si dijéramos más, si penetráramos en el laberinto del poema, si ahondáramos en su explicación, lo anularíamos, nos saldríamos de su música y de su sorpresa misteriosas.

Nos queda, pues, leerlo y gozarlo. Gozarlo y sentirlo y padecerlo, sí, en su lucidez. Estamos ante un libro que nos desnuda ante un muro, pero en el que la emoción habla y vence siempre y, en consecuencia, el sentir de las palabras evita cualquier fácil desesperación. Las palabras hieren, pero siempre acaban salvando.

Es la lucidez en los límites. Otro de los dones de este libro, claro y fuerte, fuerte y verdadero, verdadero y propio. Y ahí están también en él sus colores, su plasticidad. Y esos sentires y pensares que la autora resume con otro verso definitivo: *Tan sólo brilla el miedo, el corazón.* Y así hasta llegar a la radical expresión de esa “Venus ajada” que “tropieza en su dolor”. Pero no olvidemos la fina, sutil esperanza que late en este libro en el que la mujer consciente y lúcida es, además, “una niña”; una niña, nos dice en otros dos versos, que duerme *sobre un sol acabado y circular / como una mandarina luminosa.*

